# Armar al pueblo en defensa del rey: las milicias contrarrevolucionarias y realistas en Europa (1789-1830)

## *Arming the people in defense of the King: counterrevolutionary and royalist militias in Europe (1789-1830)*

Álvaro PARIS MARTIN
Université Toulouse - Jean Jaurès

**RESUMEN**

La salida del Antiguo Régimen europeo se produjo en un contexto de guerra civil en el que los sectores populares establecieron una nueva relación con la política. El papel jugado en este proceso por las milicias contrarrevolucionarias y realistas ha recibido una atención considerablemente menor que la de sus homólogas revolucionarias. Tras ofrecer una visión de conjunto sobre el escenario europeo, nos centraremos en el análisis de tres de estos cuerpos creados durante las restauraciones de Nápoles (1799), Francia (1815) y España (1823). A partir de estos estudios de caso, trataremos de ofrecer una perspectiva comparada sobre la participación política a través de las armas en los movimientos contrarrevolucionarios europeos.



**PALABRAS CLAVE**

Milicias; Contrarrevolución; Realismo; Politización; Guerra; Europa.

**ABSTRACT**

The European *Ancien Régime* ended in a context of civil war, in which the popular sectors embraced a new relationship with politics. The role played in this process by counterrevolutionary and royalist militias, has received less attention from historian than their revolutionary counterparts. I will first provide an overview of European royalist militias. Then I will focus on three of these forces, created during the Restorations in Naples (1799), France (1815) and Spain (1823). Finally, from these particular cases, I will offer a comparative approach on the role of arms in counterrevolutionary political participation across Europe.

**KEYWORDS**

Militias; Counterrevolution; Royalism; Politicization; War; Europe.

Artículo recibido el 4-10-2020 y admitido a publicación el 20-12-2020.

> Siempre hemos vivido bajo el gobierno que felizmente nos rige, sin necesidad de tener armado al populacho […] ¿A quién se le ocurre poner las armas en manos del pueblo en un gobierno monárquico absoluto, teniendo tan frescas las consecuencias del sistema pasado que, como revolucionario, lo primero que hizo fue esto de armar a la plebe?
>
> Conversación escuchada por un agente de policía en el café de Lorencini (Madrid, 21-7-1825)[1].

La era de las revoluciones se produjo en un contexto de guerra civil durante el que amplios sectores de la población fueron movilizados a través de ejércitos, milicias y fuerzas armadas irregulares[2]. La lectura tradicional de este proceso –que presentaba la victoria inevitable de la revolución frente a la resistencia estéril de los defensores de un mundo condenado a desaparecer– ha dejado paso a interpretaciones más complejas que subrayan el papel de la contrarrevolución en la emergencia de nuevos canales de participación política[3]. Durante la guerra civil que enfrentó a revolucionarios y contrarrevolucionarios en la primera mitad del siglo XIX, las armas se convirtieron en un vehículo privilegiado en el establecimiento de una nueva relación con la política. Pero las innovaciones que trajo consigo este proceso no solo fueron un resultado de los cambios impulsados por la revolución, sino también de las estrategias desplegadas por quienes se opusieron a ella. La reacción frente al desafío revolucionario se convirtió en un elemento constitutivo de la *modernidad política*, en un proceso de aceleración histórica en el que los actores fueron conscientes de haber atravesado un punto de no retorno tras el que nada volvería a ser como antes[4].



La persistencia de la contrarrevolución no respondió exclusivamente a las inercias del viejo orden, sino a la capacidad de aglutinar el apoyo de sectores sociales heterogéneos, unidos por su oposición común a la puesta en práctica del proyecto revolucionario. Para movilizar estos apoyos, contrarrevolucionarios, antiliberales y reaccionarios mostraron una gran capacidad de adaptación, desplegando prácticas y repertorios políticos tan novedosos como los de sus adversarios[5]. En este contexto, las

---

1. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (en adelante AHN), Consejos, leg. 12.292, parte del 21 de julio de 1825, celador 2.

2. Jordi CANAL, "Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español", *Ayer*, 55 (2004), pp. 37-60; Carmine PINTO, "La 'guerra civil' borbónica. Crisis de legitimidad y proyectos nacionales entre Nápoles y el mundo iberoamericano", en Antonino DE FRANCESCO et al. (coord.), *Entre Mediterráneo y Atlántico. Circulaciones, conexiones y miradas, 1756-1867*, Santiago de Chile, FCE, 2014, pp. 341-360; Jean-Claude CARON, *Frères de sang. La guerre civile en France au XIXe siècle*, París, Champ Vallon, 2009.

3. Pedro RÚJULA y Francisco Javier RAMÓN (eds.), *El desafío de la revolución: reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada, Comares, 2017; Encarnación GARCÍA MONERRIS, Ivana FRASQUET y Carmen GARCÍA MONERRIS (eds.), *Cuando todo era posible: liberalismo y antiliberalismo en España e Hispanoamérica (1780-1842*), Valencia, Sílex, 2016.

4. Encarna GARCÍA MONERRIS y Josep ESCRIG ROSA, "¿Reacción frente a modernidad? Algunas reflexiones", en José Mª IMÍZCOZ y José Ángel ACHÓN (eds.), *Discursos y contradiscursos en el proceso de la modernidad*, Madrid, Sílex, 2019, pp. 407-444.

5. Bernard RULOF, *Popular Legitimism and the Monarchy in France. Mass Politics without Parties, 1830–1880*, Palgrave MacMillan, 2020; Bruno DUMONS e Hilaire MULTON (eds.), *"Blancs" et contre-révolutionnaires en Europe. Espaces, réseaux, cultures et mémoires (fin XVIIIe-début XXe siècles)*, Roma, École française de Rome, 2011; Jean-Clément MARTIN (ed.), *La Contre-Révolution en Europe*, Rennes, PUR, 2001, https://doi.org/10.4000/books.pur.16546.

milicias proporcionaron nuevos canales de participación para sectores tradicionalmente excluidos del escenario político. A través del doble aprendizaje de la política y de las armas, los milicianos adquirieron un protagonismo sin precedentes en la esfera pública, aprovechando la oportunidad para expresar sus propias demandas y defender sus intereses[6].

La imagen de los *ciudadanos en armas* ocupa un papel destacado en el relato sobre la conquista de derechos y la participación activa de la población en los asuntos públicos. Sin embargo, las milicias realistas han suscitado una escasa atención, siendo frecuentemente consideradas como una mera réplica de sus homólogas revolucionarias, por lo que solo recientemente han sido objeto de trabajos comparativos a escala europea[7]. Para esbozar su historia, debemos atender, al menos, a tres fenómenos diferenciados. En primer lugar, nos detendremos en el caso francés, donde las milicias realistas se insertaron de la estructura de la Guardia Nacional desde las primeras etapas de la Revolución (1789-1791). Las conocidas como legiones católicas del *Midi* francés no tuvieron una naturaleza institucional propia, pero aglutinaron a sectores explícitamente realistas, que se enfrentaron a los batallones revolucionarios de la Guardia Nacional. En segundo lugar, abordaremos las fuerzas irregulares europeas que combatieron contra la Revolución francesa y el Imperio napoleónico durante el periodo 1792-1815. La mayoría de estas guerrillas, partidas y bandas armadas no eran milicias institucionalizadas, pero movilizaron a la población civil en defensa del territorio y proporcionaron la experiencia común sobre la que se asentarían los cuerpos reglamentados posteriores. Por último, analizaremos las milicias realistas creadas por las monarquías europeas tras recuperar el poder, una vez implementadas las restauraciones y derrotada temporalmente la amenaza revolucionaria. Sobre la base de los cuerpos irregulares que habían combatido la revolución, las monarquías restauradas construyeron fuerzas permanentes y articuladas institucionalmente, que podemos considerar como las primeras milicias realistas en el sentido pleno de la palabra.



Para analizar estos fenómenos, recurriremos principalmente a ejemplos procedentes de España, el sur de Francia y el Reino de Nápoles durante el periodo comprendido entre 1789 y 1830. Con ello trataremos de ofrecer una primera aproximación comparativa a un campo historiográfico que, en buena medida, está aún por construir.

## Las primeras milicias contrarrevolucionarias: legiones católicas en el *Midi* francés (1789-1791)

En Francia, el origen de las milicias contrarrevolucionarias se remonta a la creación misma de la Guardia Nacional en las provincias[8]. En los departamentos del oeste y el sur, los decretos de la Asamblea Nacional –especialmente la Constitución civil del clero– dieron lugar a una primera fase contrarrevolucionaria dotada de un notable apoyo

6. Nicolás DUFFAU y Álvaro PARÍS (coords.), dossier "La política a través de las armas: milicias y fuerzas armadas en Iberoamérica (s. XIX)", *Claves. Revista de Historia*, 11 (2020).

7. Simon SARLIN, "Arming the People against Revolution: Royalist Popular Militias in Restoration Europe", *Varia Historia*, vol. 35, n. 67 (2019), pp. 177-208, https://doi.org/10.1590/0104-87752019000100007; PARÍS, "Le peuple royaliste en armes…".

8. Roger DUPUY, *La Garde nationale*, 1789-1872, París, Gallimard, 2010, pp. 66-96, https://doi.org/10.14375/NP.9782070347162.

popular (1790-1791). Los elementos contrarios al régimen trataron de infiltrase y tomar control de la Guardia Nacional, un proceso que fue especialmente intenso en la región del Languedoc. En Toulouse, la conocida como *legión negra* (reclutada en el barrio parlamentario de Saint-Barthélémy) estuvo controlada por los conservadores y trató de frenar en las calles el ímpetu revolucionario de las legiones reclutadas en Saint-Cyprien y otros distritos populares[9]. En Nîmes, ciudad en la que convivían católicos y protestantes, la Guardia Nacional se había formado inicialmente contando de manera casi exclusiva con los segundos. En octubre de 1789, los sectores católicos formaron una Guardia Nacional paralela, lo que desembocó en la célebre *bagarre de Nîmes* (13-15 de junio de 1790) considerada como uno de los acontecimientos fundacionales de la contrarrevolución en Francia[10]. El enfrentamiento entre guardias católicos y protestantes dejó 300 víctimas en las calles, la mayoría pertenecientes al primer bando. Las raíces de este conflicto eran complejas, porque la Guardia Nacional estaba controlada por una élite protestante ligada a la industria textil, que tradicionalmente había estado excluida de los empleos públicos y aprovechó la Revolución para acceder a las instituciones. François Froment, líder de la legión católica de Nîmes, reclutó en sus filas a un buen número de obreros textiles, que veían la milicia protestante (y la Revolución) como una encarnación del interés de los fabricantes[11]. La contrarrevolución adquirió de este modo una base popular y católica. Froment vistió a sus milicianos con un uniforme verde (color del emigrado conde de Artois, futuro Carlos X), una boina roja (*pouf*) y escarapelas blancas, símbolo de la monarquía borbónica. En razón de esta indumentaria, los legionarios católicos fueron conocidos como *pouf rouges*, mientras los protestantes les apodaron *cébets*, un término despectivo utilizado para referirse a las gentes del pueblo que en occitano significaba "come cebollas".



Algo similar sucedió en Montauban tras la formación de una milicia católica conocida como *legión de Saint-Barthélemy*. El 10 de mayo de 1790, el ayuntamiento procedió a realizar un inventario de los conventos de la localidad, para catalogarlos y venderlos como bienes nacionales. La Iglesia organizó procesiones que contaron con una amplia participación popular, degenerando en enfrentamientos entre las milicias rivales, en los que murieron cinco guardias nacionales (cuatro de ellos protestantes)[12]. Fueron precisamente las noticias de los acontecimientos de Nîmes y Montauban las que provocaron una escalada de la tensión en Toulouse. Las legiones patriotas hicieron un llamamiento para acudir a Montauban en auxilio de los vencidos, a lo que se opuso la *legión negra* de Saint-Bathélémy. La mecha prendió en febrero de 1791, cuando cien legionarios del barrio parlamentario cruzaron el puente para entrar en el arrabal popular de Saint-Cyprien a modo de provocación, hiriendo a once vecinos cuando estos trataron

9. Laurence DURET, "La garde nationale pendant la Révolution à Toulouse (1789-1793)", memoria de máster, Université de Toulouse-Le Mirail, 1990; Jacques GODECHOT, *La Révolution Française Dans Le Midi Toulousain*, Toulouse, Privat, 1986

10. Valérie SOTTOCASA, *Mémoires affrontées. Protestants et catholiques face à la Révolution dans les montagnes du Languedoc*, Rennes, PUR, 2004, pp. 37-58, https://doi.org/10.4000/books.pur.17147; Gwynne LEWIS, *The Second Vendée: the continuity of counter-revolution in the department of the Gard (1789-1815*), Oxford, Clarendon Press, 1978, pp. 1-40.

11. Valérie SOTTOCASA, "La Garde nationale, enjeu politique et religieux dans le Midi de la frontière confessionnelle", en Serge BIANCHI y Roger DUPUY (eds.), *La Garde nationale entre Nation et peuple en armes*, Rennes, PUR, 2006 pp. 201-222, https://doi.org/10.4000/books.pur.16616.

12. SOTTOCASA, *Mémoires affrontées*, cap. 2.

de detener su avance armados con palos[13]. El 17 de marzo, los legionarios de Saint-Cyprien devolvieron la afrenta y dos de ellos encontraron la muerte al adentrarse en el barrio rival. Al día siguiente, los guardias patriotas invadieron el ayuntamiento, consiguiendo que decretase la disolución de la *legión negra*, mientras la multitud trataba de linchar a dos de sus miembros[14]. La supresión de la legión privó a la contrarrevolución de su estructura legal y la condenó a la clandestinidad, pero su recuerdo inspiraría los intentos por establecer una milicia realista en 1799 y 1815.

En otras localidades del Languedoc –como Castres, Uzès y Alès– se produjeron enfrentamientos similares, que tuvieron como catalizador el control de la Guardia Nacional. Las milicias católicas y contrarrevolucionarias no solo sirvieron a las élites como palanca en su pugna por el poder local, sino que vehicularon la movilización de trabajadores y campesinos descontentos. La pertenencia a la milicia galvanizó las razones del malestar (reformas políticas, tensiones confesionales y conflictos sociales) en un frente contrarrevolucionario en el que convergieron las élites católicas y las bases populares. Aunque los sectores patriotas lograron controlar la Guardia Nacional y convertirla en la punta de lanza del proyecto revolucionario, esta breve experiencia resultaría esencial para la articulación de un realismo popular de base miliciana en el sur de Francia durante las restauraciones de 1814 y 1815.

## La Bestia que vino de Francia: guerrillas y fuerzas irregulares contra la Revolución y el Imperio (1792-1815)



Mientras en Francia el origen de las milicias realistas se encuentra en las pugnas por el control de la Guardia Nacional, en el resto de Europa su nacimiento responde a las fuerzas irregulares que combatieron contra la Revolución francesa y el Imperio napoleónico[15]. Entre 1792 y 1815, las monarquías europeas recurrieron al armamento de la población civil para responder al desafío de la revolución y el novedoso sistema de conscripción militar desarrollado en Francia. En virtud de las levas en masa instauradas en 1793, cada ciudadano francés se convirtió en un potencial soldado, por lo que las monarquías no podían enfrentarse a la nueva amenaza utilizando los viejos métodos de reclutamiento[16]. Empujadas por la necesidad, pusieron en práctica nuevas formas de movilización armada basadas en la formación de guerrillas, cuerpos irregulares voluntarios y milicias[17].

Un ejemplo temprano de esta estrategia lo encontramos en la guerra entre España y la Convención francesa (1793-1795), cuando se convocó a los vecinos para combatir

13. DURET, *La garde nationale*, p. 98.

14. Ibídem, pp. 99-106.

15. Charles ESDAILE (ed.), *Popular Resistance in the French Wars*, London, Palgrave MacMillan, 2005; Alan FORREST, "Insurgents and Counter-Insurgents between Military and Civil Society from the 1790s to 1815", en Erica CHARTERS, Eve ROSENHAFT, y Hannah SMITH (eds.), *Civilians and War in Europe, 1618–1815*, Liverpool, Liverpool University Press, 2014, pp. 182-198.

16. David A. BELL, *The First Total War. Napoleon's Europe and the Birth of Modern Warfare as We Know It*, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 2007.

17. Alan FORREST, Karen HAGEMANN y Jane RENDALL (eds.), *Soldiers, Citizens and Civilians. Experiences and Perceptions of the Revolutionary and Napoleonic Wars, 1790-1820*, Londres, Palgrave MacMillan, 2009, https://doi.org/10.1057/9780230583290.

voluntariamente al servicio de la monarquía y se crearon milicias urbanas a nivel local[18]. La urgencia de la guerra favoreció que las formulaciones contrarrevolucionarias se difundiesen de forma sencilla y directa entre la población con el fin de sostener la movilización armada[19]. En los Estados italianos, la oposición al establecimiento de las Repúblicas hermanas tuteladas por el Directorio dio lugar a las insurrecciones en Lombardía, el Véneto o el Piacentino (1796-1797) y los levantamientos de 1799 en el Reino de Nápoles, los Estados Pontificios, el Piamonte o la Toscana[20]. Esta *insorgenza popolare* respondió a una multiplicidad de causas, desde los efectos materiales de la ocupación a las resistencias contra la conscripción y la política religiosa, pasando por los conflictos entre las elites locales, el peso de las redes clientelares y el bandolerismo[21]. Los movimientos contra la presencia francesa no pueden explicarse como una respuesta unitaria frente a la ocupación extranjera impulsada por un sentimiento nacional, ni como un levantamiento general de las masas populares contra las elites republicanas[22]. Pero la multiplicidad de viejos y nuevos conflictos que aquejaban a las sociedades italianas encontraron una forma de expresarse a través de la confrontación entre revolución y contrarrevolución. Los republicanos italianos fueron asimilados con los invasores franceses y señalados como *giacobini* que debían ser expulsados de la comunidad. Algo similar sucedió en la actual Bélgica, donde la anexión del territorio a la República francesa dio lugar a la conocida como *guerra de los campesinos* (1798), en la que las resistencias contra la conscripción, la política religiosa y las contribuciones se dieron la mano con las tácticas bandoleras[23]. El rechazo de la ocupación extranjera, las resistencias a la revolución y el estallido de tensiones sociales previas, dieron lugar a movimientos heterogéneos que adquirieron coherencia al articularse frente al enemigo común. Los



18. Lluís ROURA, *Guerra gran a la ratlla de França: Catalunya dins la guerra contra la Revolució Francesa: 1793-1795*, Barcelona, Curial, 1993; Jean-René AYMES, *La guerra de España contra la Revolución francesa (1793-1795)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1991.

19. Lluís ROURA, "La Contre-Révolution en Espagne et la lutte contre la France, 1793-1795 et 1808-1814", en MARTIN, *La Contre-Révolution en Europe…*, pp. 205-219, https://doi.org/10.4000/books.pur.16574.

20. Joris ODDENS, Mart RUTJES y Erik JACOBS (eds.), *The Political Culture of the Sister Republics, 1794–1806: France, the Netherlands, Switzerland, and Italy*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2015. https://doi.org/10.1017/9789048522415.

21. Anna Maria RAO (ed.), *Folle controrivoluzionarie. Le insorgenze popolari nell'Italia giacobina e napoleonica*, Roma, Carocci, 1999; Vittorio SCOTTI DOUGLAS, "Le insorgenze antinapoleoniche in Italia: controrivoluzione ideologica o sommosse di affamati?", en *L'Europa Scopre Napoleona, 1793-18084*, vol. 2, Alessandria, Edizioni dell'Orso, pp. 559-575; Massimo CATTANEO, *La sponda sbagliata del Tevere. Mito e realtà di un'identità popolare tra antico regime e rivoluzione*, Nápoles, la Scuola di Pitagora, 2013; Gabriele TURI, *Viva Maria. Riforme, rivoluzione e insorgenze in Toscana (1790-1799)*, Bolonia, Il Mulino, 1999; Giacomo GIRARDI, "Il mito della neutralità violata. Lotta politica e rivolta in armi nelle Pasque veronesi", *Il Risorgimento*, 1 (2016), pp. 55-80.

22. Anna Maria RAO, "Le insorgenza fra storia e storiografia", en Angelo MASSAFRA (ed.), *Patrioti e insorgenti in provincia : il 1799 in terra di Bari e Basilicata*, Bari, Edipuglia, 2002, pp. 51-76.

23. Xavier ROUSSEAUX, "Rebelles ou brigands ? La 'guerre des paysans' dans les départements 'belges'", *Cahiers d'histoire*, 94-95 (2005), https://doi.org/10.4000/chrhc.1254; Fred STEVENS, "La résistance au Directoire dans les départements réunis. La 'Guerre des paysans' (octobre-novembre 1798)", en Philippe BOURDIN y Bernard GAINOT (dirs.), *La République directoriale*, París, Société des Études Robespierristes, 1998, pp. 1.025-1.045.

conflictos seculares se transfirieron al terreno político e ideológico, expresándose en los nuevos lenguajes característicos de la *modernidad*[24].

Estos episodios de resistencia alcanzaron su apogeo durante el Imperio napoleónico, a través de las guerrillas y fuerzas irregulares que se levantaron en Calabria (1806)[25], España y Portugal (1808) [26], el Tirol (1809)[27], algunos estados alemanes y Rusia (1812)[28]. En todos estos escenarios, los límites entre las partidas guerrilleras, las cuadrillas bandoleras, las milicias de vecinos honrados y las unidades del ejército regular fueron difusos y cambiantes[29], El aspecto que nos interesa subrayar aquí es que una parte de estas fuerzas se creó sobre la base de las milicias territoriales del Antiguo Régimen, que respondían a modelos de encuadramiento tradicionales insertos en las costumbres locales Es el caso de los *barbetti* y *fucilieri di montagna* italianos, los *schützen* y *landsturm* alemanes, las milicias y *ordenanças* portuguesas, los *chasseurs de montagne* franceses, los *sometents* y *miquelets* catalanes, las *alarmas* gallegas o las milicias provinciales castellanas[30]. La reactivación de estos cuerpos tradicionales permitió encuadrar la movilización contra la revolución en una legitimidad previa, que emanaba de las costumbres y privilegios territoriales.

Algunas de estas milicias (como los *sometents*, las *ordenanças* y las *alarmas*) encuadraban potencialmente a todos los hombres adultos, servían en las inmediaciones de sus poblaciones y se ocupaban del mantenimiento del orden y la persecución de malhechores, quedando a disposición de las autoridades en momentos de conflicto. Otras (como los *miquelets*, los *fucilieri di montagna* y los *chasseurs de montagne*) eran milicias paramilitares especializadas, que combatían como auxiliares del ejército regular para la defensa del territorio y las fronteras[31]. Por último, las milicias provinciales castellanas y



24. Anna Maria RAO, "Révolution et Contre-Révolution pendant le Triennio italien (1796-1799)", en MARTIN (ed.), *La Contre-Révolution en Europe*…, pp. 233-240.

25. Nicolas CADET, *Honneur et violences de guerre au temps de Napoléon. La campagne de Calabre*, París, Vendémiaire, 2015; Doina Pasca HARSANYI, "Brigands or insurgents? Napoleonic authority in Italy and the Piacentino counter-insurrection of 1805–06", *French History*, 30-1 (2016), pp 51-76.

26. Ronald FRASER, *La maldita guerra de España*, Barcelona, Crítica, 2006; Charles ESDAILE, *Fighting Napoleon. Guerrillas, Bandits and Adventurers in Spain, 1808-1814*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2004.

27. Michael BROERS, *Napoleon's Other War. Bandits, Rebels and their Pursuers in the Age of Revolutions*, Oxford, Peter Lang, 2010, pp. 76-81; John H. GILL, *1809. Thunder on the Danube: Napoleon's Defeat of the Habsburgs*, 3 vols., Londres, Frontline Books, 2009.

28. Janet M. HARTLEY, Paul KEENAN y Dominic LIEVEN (eds.), *Russia and the Napoleonic Wars*, Palgrave McMillan, 2015, https://doi.org/10.1057/9781137528001.

29. Alan FORREST, "The ubiquitous brigand: the politics and language of repression", en ESDAILE, *Popular resistance*…, pp. 25-43, https://doi.org/10.1057/9780230522992_2; Antonio MOLINER PRADA, "Partidas, guerrillas y bandolerismo" en *Violencias Fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo XIX*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2009, pp. 15-54.

30. Charles ESDAILE, "Patriots, Partisans and Land Pirates in Retrospect", en ídem, *Popular Resistance*…, pp. 6-7.

31. Los *miquelets* se remontan al siglo XVII en la Corona de Aragón y el Rosellón francés. En el siglo XVIII se extendieron al Reino de Nápoles, con el nombre de *micheletti* o *fucilieri di montagna* (Antonio MOLINER PRADA, "Popular Resistance in Catalonia: *Somatens* and *Miquelets*, 1808–14" en Esdaile, *Popular resistance*…, pp. 91-114; Lluís ROURA, "Guerra pequeña y formas de movilización armada en la Guerra de la Independencia: ¿tradición o innovación?" *Trienio* 36 (2000), pp. 65-93.

sus homólogas portuguesas (*milícias*), servían como reserva y segunda línea del ejército, dispuestas a ser movilizadas para la defensa interior en caso de conflicto bélico[32].

*Imagen 1: Micheletti* del Reino de Nápoles (1809)

Fuente: Bartolomeo Pinelli (1781-1835), *Micheletti: costumi del Regno di Napoli*, Biblioteca di Storia moderna e contemporanea (Roma).



Junto a estas fuerzas, encontramos a milicias de vecinos honrados y paisanos armados que respondían a las tradiciones urbanas del Antiguo Régimen[33]. La ciudad de Nápoles ofrece un ejemplo especialmente interesante de la capacidad de las estructuras corporativas tradicionales para articular la respuesta armada frente a la invasión francesa. En diciembre de 1798, ante el avance de las tropas comandadas por Championnet, el rey Fernando IV huyó a Sicilia y dejó la ciudad a merced de los invasores. El vacío de poder fue ocupado por la insurrección del pueblo napolitano, que se levantó contra los ocupantes franceses, asaltó los cuarteles y tomó el control de la ciudad durante nueve días[34]. Los sectores populares de la capital (conocidos como *lazzari* o *lazzaroni*)[35] formaron bandas que patrullaron los barrios persiguiendo a los sospechosos de colaborar con los franceses, exigiendo contribuciones a los ricos, realizando arrestos arbitrarios y saqueando los

32. Nuno LEMOS PIRES, "Milícias e Ordenanças no Norte de Portugal durante as primeiras Invasões Francesas", en *O Porto e as Invasões Francesas*, vol. 1, Oporto, CM Porto e Edições Público, 2009, pp. 157-192; Fernando DORES COSTA, "Army size, military recruitment and financing in Portugal during the period of the Peninsula War, 1808–1811", *e-JPH*, 6-2 (2008), pp. 1-27; José CONTRERAS GAY, *Las milicias provinciales en el siglo XVIII. Estudio sobre los regimientos de Andalucía*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1993.

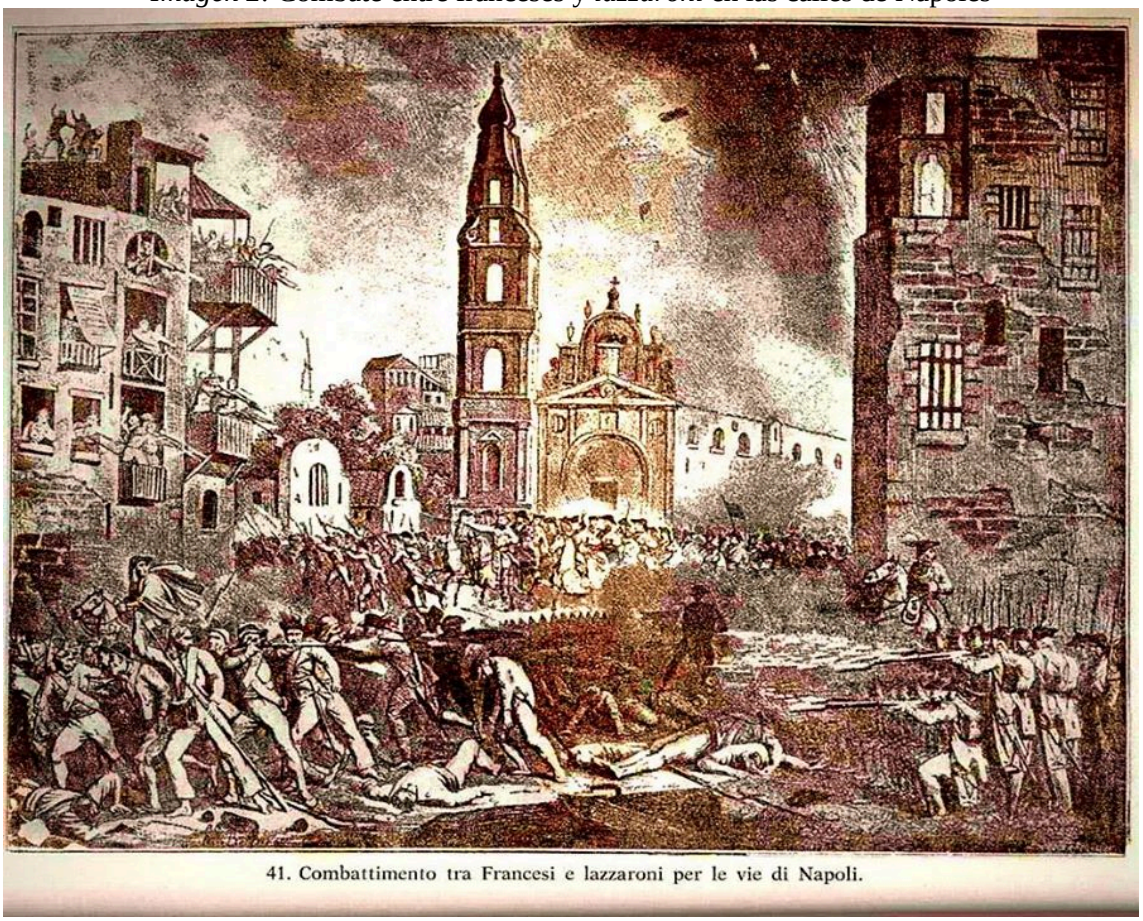
33. Francisco J. MAESTROJUÁN, "Entre la sobrerrevolución y la contrarrevolución. La cultura política de los prohombres zaragozanos en el tránsito a la modernidad", *Cuadernos de investigación histórica*, 18 (2001), pp. 35-68.

34. John A. DAVIS, *Naples and Napoleon: Southern Italy and the European Revolutions, 1780-1860*, Oxford, Oxford University Press, 2006; Antonino DE FRANCESCO, *1799: Una storia d'Italia*, Milano, Guerini, 2004; Vincenzo CUOCO, *Saggio storico sulla Rivoluzione napoletana del 1799*, Milano, 1806; Pietro COLLETTA, *Storia del reame di Napoli*, Capolago, Tipografia Elvetica, 1834.

35. Francesco BENIGNO, "Trasformazioni discorsive e identità sociali: il caso dei lazzari", *Storica*, 31 (2005), pp. 7-44.

bienes de los señalados como *giacobini*[36]. La venganza política adquirió tintes sociales, de modo que la forma de vestir y el uso de la levita (*giamberga*) se convirtió en un símbolo de identificación política y "entre la plebe era común el discurso de que todos los que iban vestidos de levita eran jacobinos"[37]. Esta insurrección popular aparentemente espontánea respondió a las dinámicas organizativas insertas en las tradiciones e instituciones locales.

*Imagen 2*: Combate entre franceses y *lazzaroni* en las calles de Nápoles




F.: Benedetto Croce *et.al.*, *La rivoluzione napoletana del 1799*, Nápoles, Tullio Pironti, 1998.

El *popolo bascio* napolitano no conformaba una masa desarticulada, sino que desempeñaba un papel preciso en el entramado corporativo urbano. Las patrullas de *lazzari* hundían su legitimidad en un modelo de reclutamiento armado puesto en práctica en momentos de crisis durante los siglos XVI y XVII a partir de las circunscripciones de las *ottine*[38]. Al frente de cada *ottine* había un capitán elegido por los cabezas de familia en asambleas organizadas por los *capodieci*, situados al mando de subdivisiones aún más pequeñas (*decurie*). En los barrios de Nápoles existían liderazgos populares (*capi di*

36. Luca DI MAURO, " Le rôle de la populace napolitaine dans le sort de la Capitale en 1799", recuperado de https://univ-amu.academia.edu/LucaDiMauro (consultado el 20-9-2020).

37. Trad. de Pietroabondio DRUSCO, *Anarchia popolare di Napoli dal 21 dicembre 1788 al 23 gennaio 1799*, Nápoles, Stabilimento Tip. Del Comm G. De Angelis, 1884, p. 33. Ver también Benedetto CROCE, "'I lazzari' negli avvenimenti del 1799", *La Critica*, 32 (1934), p. 467.

38. Brigitte MARIN y Piero VENTURA, " Les offices 'populaires' du gouvernement municipal de Naples à l'époque moderne", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 34 (2004), 115-140, https://doi.org/10.4000/mcv.1303; Alain HUGON, *La insurrección de Nápoles, 1647-1648. La construcción del acontecimiento*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

*lazzari*) insertos en el orden jurisdiccional de la ciudad y las redes clientelares de la nobleza. Esta estructuración corporativa de la plebe, reconocida por las autoridades, sirvió de base para la articulación armada de la población ante la invasión francesa[39]. La situación de *vacatio regis* precipitada por la huida del rey, no dejó un vacío llenado espontáneamente por las masas, sino que sacó a relucir los mecanismos de cogestión del orden urbano que funcionaban en los barrios napolitanos. Esta organización permitió a las élites articular el descontento popular, mientras los *lazzari* se sentían responsables directos de la derrota de los franceses y el regreso de su rey[40].

Este tipo de milicias –enraizadas en las tradiciones territoriales del Antiguo Régimen– no solo fueron utilizadas por los contrarrevolucionarios, sino también por el bando francés. Durante la guerra franco-española de 1793-1795, la República francesa organizó compañías de cazadores de montaña en los Pirineos (como los *chasseurs basques*), mientras que los *barbets* fueron movilizados en el norte de Italia durante el Consulado. De nuevo, en 1808, se crearon 34 compañías de *miquelets* franceses para defender la frontera con España[41].

En definitiva, nos encontramos ante estructuras de encuadramiento militar propias del Antiguo Régimen que formaban parte de la *constitución particular* de cada territorio y se activaban en momentos de conflicto[42]. El elemento novedoso fue la naturaleza de la amenaza que enfrentaron. La Revolución y sus ejércitos ciudadanos no solo desafiaban las fronteras y la integridad territorial, sino también la cosmovisión de la población[43]. Su irrupción fue percibida como una amenaza a las costumbres, la religión y los vínculos sociales, que ponía en peligro los fundamentos mismos de la comunidad. La resistencia se articuló a partir de modalidades de reclutamiento, experiencias y prácticas tradicionales. Pero, en el transcurso de la contienda contra un enemigo inédito, las herramientas disponibles se transformaron hasta adquirir nuevos significados. De este modo, la contrarrevolución fue capaz de generar respuestas políticas novedosas, aunque se presentase como la defensa de un mundo natural cuyo horizonte de referencia se proyectaba hacia el pasado.



En un primer momento, la mayoría de quienes participaron en la contienda no lo hicieron en virtud de criterios ideológicos, sino para preservar su estatus en la comunidad local, encontrar un medio de subsistencia o posicionarse en un escenario cambiante a través del poder que emanaba de las armas. Pero la política acabó por inundarlo todo, encuadrando viejos y nuevos conflictos en una lucha partidaria entre proyectos antagónicos. Las dinámicas milicianas de los siglos precedentes proporcionaron el punto de partida para responder a la amenaza revolucionaria. Pero las fuerzas sociales desatadas

39. BENIGNO, "Trasformazioni…", p. 33.

40. Los mecanismos organizativos de los barrios populares napolitanos resultan centrales en la comprensión del fenómeno de la camorra: Marcela MARMO, *Il coltello e il mercato. La camorra prima e dopo l'unità d'Italia*, Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2011.

41. Alan FORREST, *Conscripts and Deserters. The Army and French society during the Revolution and Empire*, Oxford University Press, 1989, pp. 215-218.

42. "*La Catalogne* […] *avait* […] *dans sa constitution particulière, les éléments et les moyens nécessaires pour opposer la résistance la plus opiniâtre. Ces moyens existaient depuis longtemps ; ils avaient l'avantage d'avoir été éprouvés dans les guerres précédentes* " (Laurent de GOUVION SAINT CYR, *Journal des opérations de l'armée de Catalogne, en 1808 et 1809*, París, Anselin et Pochard, 1821, p. 299.

43. Jean-Philippe LUIS, "La représentation antirévolutionnaire du monde: le cas espagnol (1808-1833)", *Siècles*, 43 (2016), http://journals.openedition.org/siecles/3066.

por el armamento de la población pusieron las bases para la emergencia de un nuevo horizonte político en el que los sectores populares adquirieron un protagonismo sin precedentes. La revolución politizó la guerra y las milicias politizaron la sociedad. Las armas, que las corporaciones de Antiguo Régimen habían utilizado para defender el orden comunitario, quedaron manchadas de una sustancia política difícil de borrar[44].

El carácter extraordinario de las circunstancias obligó a los paisanos armados a tomar partido, al verse inmersos en una guerra civil en la que las tensiones y preocupaciones cotidianas se proyectaban sobre un escenario marcado por la presencia de dos bandos irreconciliables. En ese contexto, las prácticas y herramientas desplegadas para combatir la revolución –que partían de los recursos disponibles sobre el terreno– fueron aprovechadas por las monarquías europeas para reconstruir su poder sobre bases renovadas. La defensa de la patria, el hogar, la familia y las costumbres –del mundo tal y como era conocido– se asimiló con la preservación de la monarquía y la religión, dando lugar al nacimiento de una cultura política realista de base popular que se consolidaría durante el periodo postrevolucionario[45].

Este *realismo de combate* se asentaba en las legitimidades heredadas del Antiguo Régimen, pero pasadas por el tamiz de las nuevas formas de hacer política alumbradas por la revolución. A lo largo del conflicto se estableció un vínculo directo entre los combatientes y el monarca, que condujo a una relectura de la relación entre el rey y los súbditos. Las ideas que articularon la movilización (Rey, Patria y Religión) eran convencionales y conocidas por todos. Esta familiaridad resultó determinante para garantizar su efectividad frente al horizonte de incertidumbre y angustia proyectado por la revolución. Pero cuando los súbditos fueron llamados a salvar la monarquía –implicándose de manera directa en la preservación de un orden amenazado cuya existencia ya no podía darse por sentada– el pueblo en armas pasó a desempeñar un papel novedoso en la ecuación. Frente al patriotismo ciudadano francés, emergió un patriotismo monárquico que vinculaba a los vasallos con un sentimiento de identidad nacional a través de la vinculación entre la monarquía y el territorio[46]. El rey protegía la nación y sus fronteras, mientras que los súbditos le prestaban un servicio activo a través de las armas. El nuevo patriotismo monárquico exigía a los vasallos algo más que la obediencia y la sumisión, llamándoles a sacrificar sus vidas en defensa del rey y mantenerse vigilantes para tomar las armas contra los enemigos externos e internos.



En definitiva, la respuesta al desafío revolucionario transformó la naturaleza de la relación entre el poder y el pueblo. Como sostiene Pedro Rújula, "las monarquías comenzaron a darse cuenta de la necesidad de establecer nuevos vínculos con sus vasallos, que pudieran ser utilizados como resortes de movilización"[47]. El pueblo, por su parte, vio la oportunidad de replantear su relación con la monarquía, "ofreciendo apoyo

44. Pedro RÚJULA, "La guerra como aprendizaje político. De la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas", en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución. Actas de las I Jornadas de Estudio del Carlismo*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, p. 51.

45. Jean-Philippe LUIS, "La construcción inacabada de una cultura política realista", en Miguel Ángel CABRERA y Juan PRO (eds.), *La creación de las culturas políticas modernas, 1808-1833*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 319-346; Pedro RÚJULA, "Realismo y contrarrevolución en la Guerra de la Independencia", *Ayer*, 86 (2012), pp. 45-66.

46. Pedro RÚJULA, "El nacimiento de un patriotismo monárquico", en GARCÍA MONERRIS et al., *Cuando todo era posible*, pp. 73-94.

47. Ibídem, p. 76.

militar a cambio de revisar las relaciones entre el rey y sus vasallos”[48]. Como reconocimiento de su sacrificio en la defensa del rey, los combatientes exigieron contrapartidas –en forma de exenciones, beneficios y privilegios– actualizando el vínculo tradicional con el monarca. Esta relación de reciprocidad asimétrica no era nueva, pues se fundaba en la lógica servicio-merced que había presidido la legitimidad monárquica desde tiempos inmemoriales. Pero en un contexto marcado por la amenaza revolucionaria se dotó de nuevos contenidos. La irrupción política de las clases populares armadas permitió a las monarquías responder con eficacia al desafío de la revolución, pero liberó fuerzas sociales inesperadas que, a la postre, amenazarían con desestabilizar el propio orden monárquico.

Las primeras milicias realistas permanentes surgieron precisamente del intento por controlar y encuadrar a las fuerzas irregulares que habían luchado contra la Revolución y el Imperio, una vez llegado el momento de la desmovilización. Tras conjurar el peligro, las monarquías europeas recurrieron a las milicias para canalizar el ímpetu contrarrevolucionario y consolidar la Restauración.

En conclusión, la movilización armada contra la revolución –apoyada inicialmente sobre dispositivos tradicionales– desató dinámicas sociales y políticas novedosas, reforzando los vínculos entre la monarquía y el pueblo a costa de replantear los términos de la relación. Sobre este repositorio de experiencias emergió un realismo de carácter popular, en virtud del cual los combatientes exigieron contrapartidas a cambio de los servicios prestados al monarca. Los súbditos se sintieron partícipes de la suerte de la monarquía y responsables directos de su restauración. En este contexto, se crearon las primeras milicias realistas permanentes, que sirvieron para consolidar el trono, proporcionando al mismo tiempo una plataforma para la expresión de las demandas e intereses de los sectores populares armados.



## Las milicias realistas durante las restauraciones europeas

Entre 1789 y 1815, las monarquías europeas se enfrentaron al desafío de la Revolución y fueron capaces de adaptarse al escenario para sobrevivir. Las restauraciones escenificaron el restablecimiento del orden natural trastornado y el regreso a la normalidad tras el paréntesis de la anarquía[49]. Pero el restablecimiento del Trono y el Altar no significó un retorno al viejo orden. Con los ejércitos regulares desorganizados y la amenaza creciente de la insurrección interna, las monarquías no pudieron prescindir de los sectores populares armados en quienes se habían apoyado para regresar al poder. La movilización contrarrevolucionaria se canalizó a través de la creación de milicias realistas, que proyectaron contra el enemigo interior las prácticas y discursos forjadas contra el invasor francés.

Las milicias realistas permanentes no emergieron en todas las restauraciones europeas, sino en aquellas más conflictivas, en las que la monarquía no podía confiar en los ejércitos regulares para restablecer el nuevo orden. En estos casos, las fuerzas

48. Ibídem, p. 86. Ver también Pedro RÚJULA, “Una monarchia populista? Potere assoluto e ricorso al popolo nella Restaurazione spagnola di Ferdinando VII”, *Memoria e ricerca*, 62-3 (2019), pp. 421–436.

49. Michael BROERS y Ambrogio A. CAIANI (eds.), *A History of the European Restorations*, Londres, Bloomsbury, 2019, 2 vols, https://doi.org/10.5040/9781788318044; Jean-Claude CARON y Jean-Philippe LUIS (eds.), *Rien appris, rien oublié ? Les Restaurations dans l’Europe postnapoléonienne (1814-1830)*, Rennes, PUR, 2015.

irregulares que habían combatido al enemigo revolucionario, fueron uniformadas y dotadas de reglamentos, pasando a formar parte de la columna vertebral del nuevo régimen. Estos cuerpos permitían disponer de una policía política asentada a nivel local para desempeñar labores de vigilancia y represión, mientras que su financiación quedaba en manos de los municipios, aliviando así las maltrechas haciendas reales.

Las milicias se extendieron por la Europa de las restauraciones respondiendo a los ritmos particulares de la lucha entre revolución y contrarrevolución. Entre ellas encontramos las *pattuglie realiste* del Reino de Nápoles (1799), los *volontaires royaux* franceses (1814 y1815), los Voluntarios Realistas españoles (1823-1833), los Voluntarios Realistas de Portugal, (1828-1834) y los Voluntarios Pontificios (1831), además de las diversas Guardias Cívicas y Urbanas de los estados italianos[50]. El conocimiento que tenemos de estas fuerzas es muy fragmentario y requiere de investigaciones monográficas a nivel local. Para contribuir a su estudio, presentaremos las conclusiones extraídas del trabajo realizado sobre tres casos concretos: las *pattuglie realiste* napolitanas (1799), los *volontaires royaux* franceses (1815) y los voluntarios realistas españoles (1823)[51].

Esta selección nos obliga a trasladarnos a tres restauraciones que, a pesar de la distancia espacial y cronológica, guardan fuertes similitudes entre sí: la de Fernando IV en el Reino de Nápoles (1799), la de Luis XVIII en Francia (1815) y la de Fernando VII en España (1823). La elección de estos tres episodios no es arbitraria. Nos encontramos ante las restauraciones más violentas del período, en las que el derrumbamiento institucional, la guerra civil y la intervención exterior, dieron lugar a un vacío de poder que propició el desbordamiento popular. En los tres casos se produjeron episodios de *anarquía popular* y Terror blanco, desencadenando una sangrienta persecución extrajudicial contra los bonapartistas franceses, los liberales españoles y los patriotas napolitanos. En este contexto turbulento, las monarquías borbónicas trataron de canalizar la violencia para sus propios fines. Pero, una vez consolidado el nuevo régimen, las autoridades tuvieron dificultades para recuperar el control de la calle, viéndose obligadas a negociar con las bandas populares armadas para restablecer el orden y recuperar el monopolio de la violencia legítima.



## La creación de las milicias realistas en el Reino de Nápoles (1799), el sur de Francia (1815) y España (1823)

Los tres escenarios analizados estuvieron marcados por el vacío de poder, la imposibilidad de confiar en el ejército (desarticulado e infiltrado por las ideas revolucionarias) y el recelo que generaban las tropas de intervención extranjeras que habían ayudado a implementar la restauración. Mientras los sectores realistas moderados trataban de restablecer el orden con el apoyo de los ejércitos aliados, los exaltados vieron las milicias populares como una alternativa a lo que percibieron como la injerencia de un

50. SARLIN, “Arming the People…”.

51. Para un análisis en profundidad, ver PARÍS, “Le peuple royaliste en armes…”

poder exterior, que intentaba mitigar las persecuciones políticas y amenazaba la independencia nacional[52].

El punto de partida de las tres restauraciones fue el vacío de poder y la situación de incertidumbre, que dieron lugar a levantamientos populares armados de carácter realista. En Nápoles, la derrota de los *lazzari* en enero de 1799 habían dejado paso a la reconquista francesa y el establecimiento de la República Partenopea, una breve experiencia que solo sobreviviría hasta junio de 1799[53]. En las provincias del sur del reino (especialmente Calabria) se levantaron guerrillas realistas unidas bajo la bandera del cardenal Ruffo, formando un ejército de la *Santa Fede* que se lanzó a la conquista de la capital con el apoyo británico[54]. En el sur de Francia, la derrota de Napoleón ante los ejércitos aliados, provocó un colapso institucional durante las semanas que precedieron a la primera abdicación del Emperador (abril de 1814)[55]. En España, el vacío de poder se produjo tras la retirada del ejército liberal en la primavera de 1823 ante el avance de las partidas guerrilleras y la expedición francesa de los *Cien Mil Hijos de San Luis*[56].

En este contexto de guerra, invasión exterior y transición institucional, emergieron movimientos armados realistas que guardan interesantes similitudes. En Nápoles, cuando las tropas calabresas del cardenal Ruffo llegaron a las puertas de la ciudad (junio de 1799) se organizaron patrullas armadas de *lazzari* para apoyar desde el interior la toma de la capital. En el sur de Francia, estallaron movimientos civiles realistas que derrocaron a las autoridades napoleónicas y alzaron la bandera blanca, anticipándose a la abdicación imperial[57]. En España, los realistas aprovecharon el avance combinado de las tropas francesas y las partidas guerrilleras para derribar los símbolos de la Constitución y perseguir a los sujetos reputados por su liberalismo[58]. Estos movimientos contrarrevolucionarios estuvieron impulsados por las elites, a través de sociedades secretas realistas que habían conspirado contra el régimen en la clandestinidad y ahora se posicionaban para controlar las instituciones locales. Pero las maniobras contaron con el



52. Gonzalo BUTRÓN PRIDA, *La ocupación francesa de España. (1823-1828)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996; Christine HAYNES, "Making Peace: The Allied Occupation of France, 1815–1818", en Alan FORREST, Karen HAGEMANN y Michael ROWE (eds.) *War, Demobilization and Memory: The Legacy of War in the Era of Atlantic Revolutions*, Palgrave MacMillan, 2016, pp. 51-67, https://doi.org/10.1007/978-1-137-40649-1_3.

53. Anna Maria RAO (dir.), dossier " L'Italie du Triennio révolutionnaire 1796-1799", *AHRF*, 313 (1998), pp. 385-573, https://doi.org/10.3406/ahrf.1998.2199.

54. Emilio GIN, *Santa Fede e congiura antirepubblicana*, Nápoles, Adriano Gallina, 1999, pp. 158-165; Nicolas CADET, "Les soulevements populaires de 1799 et 1806 dans le royaume de Naples: insurrections nationales ou guerre sociale?", en Laurent BOURQUIN et al. (eds.), *La politique par les armes. Conflits internationaux et politisation (XVe-XIXe siècle)*, Rennes, PUR, 2014 pp. 201-218.

55. Emmanuel DE WARESQUIEL, *Penser la Restauration, 1814-1830*, París, Tallandier, 2015; ídem, *Les Cent-Jours: la tentation de l'impossible*, París, Fayard, 2008.

56. Emmanuel LARROCHE, *L'expédition d'Espagne. 1823: de la guerre selon la Charte*, Rennes, PUR, 2013, https://doi.org/10.4000/books.pur.134844; Emilio LA PARRA, *Los cien mil hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis, 2007.

57. Laurent COSTE, "Bordeaux et la restauration des Bourbons", *Annales du Midi*, 201 (1993), pp. 27-43, https://doi.org/10.3406/anami.1993.2342.

58. Jean SARRAILH, *La Contre-Révolution sous la Régence de Madrid (mai-octobre 1823)*, Ligugé, Imp. E. Aubin et fils, 1930; AHN, Consejos, leg. 12.275 ; SERVICE HISTORIQUE DE LA DEFENSE, D1 11 y D1 20.

apoyo de una parte de la población, a través de los modelos de organización armada ensayados en el periodo precedente.

*Imagen 3:* La destrucción de árbol de la libertad en Nápoles (1799)

F.: Saveri della Gatta, *La distruzione dell'albero della libertà a Largo di Palazzo* (1800), Colección privada, Friburgo



En Nápoles, los realistas de la capital se habían organizado en sociedades secretas (*unioni realiste*), que reclutaron patrullas armadas para combatir en las calles junto a las tropas de Ruffo[59]. Tras la victoria, estas *pattuglie realiste* comenzaron a desempeñar funciones de vigilancia y control social, rondando los barrios al mando de sus jefes (*capi di realisti*). En el sur de Francia fueron los comités realistas locales, coordinados a través de sociedades secretas –como los *Chevaliers de la Foi*, el *Institut Philantropique*, los *Francs Régénérés* o la *Associatio Amicorum*– quienes tomaron la iniciativa para asaltar el poder[60]. Reclutaron milicias de *volontaires royaux* para unirse a los ejércitos aliados en la derrota final de Napoleón. La mayor parte de estos voluntarios eran campesinos y trabajadores que conformaron las bases de un realismo de carácter popular. El duque de Angulema, nombrado gobernador provisional del *Midi* por Luis XVIII, fue el encargado de liderar estos cuerpos realistas coordinando las iniciativas locales[61]. En Toulouse, las compañías secretas reclutadas por las sociedades realistas llegaron a contar con 600

59. Annalisa SANNINO, *L'altro 1799, Cultura antidemocratica e pratica politica controrivoluzionaria nel tardo Settecento napoletano*, Napoli, ESI, 2001.

60. Pierre TRIOMPHE, "S'insurger ou convaincre. La contribution des sociétés secrètes royalistes à la politisation du Midi de la France (1799-1832)", *Parlement[s]*, n. HS 7 (2011), pp. 15-28, https://doi.org/10.3917/parl.hs07.0015.

61. Pierre TRIOMPHE, *1815: La Terreur blanche*, Toulouse, Privat, 2017, p. 39 y pp. 71-73. ARCHIVES DÉPARTEMENTALES DE LA HAUTE-GARONNE (ADHG), 4R5 y 4R7.

hombres y fueron conocidas como *verdets* por el color de sus uniformes, que procedía de la librea del conde de Artois (hermano de Luis XVIII y futuro Carlos X)[62].

En España, el origen de las milicias realistas fueron las partidas guerrilleras que se levantaron contra el régimen constitucional del Trienio a partir de 1820. Como había sucedido en Nápoles (*Santa Fede)* apelaron a la religión como elemento movilizador, autodenominándose *Ejército de la Fe.* Estas fuerzas siguieron el modelo de la guerra de la Independencia, canalizando el descontento de un sector del campesinado frente a la mala situación económica y los efectos de las reformas liberales, proporcionando además un modo de subsistencia para los reclutas[63]. El recuerdo de 1808 era reciente y los repertorios de la guerra de partidas se reactivaron contra el nuevo enemigo liberal. Las guerrillas no tuvieron fuerza suficiente para derribar el régimen constitucional, pero la expedición francesa enviada en 1823 al mando del duque de Angulema –*los Cien Mil Hijos de San Luis*– decantó la balanza del lado realista. A medida que los liberales se retiraban del territorio, sobre la base de estas bandas armadas, los municipios organizaron compañías de voluntarios realistas para ejercer funciones policiales y de represión en la retaguardia. La iniciativa partió de los pueblos, que reclutaron las primeras compañías de *voluntarios del rey* y publicaron reglamentos provisionales[64].

*Imagen 4:* granadero y cazador de los voluntarios realistas de Madrid

F.: New York Public Library.

62. Guillaume BERTIER DE SAUVIGNY, *Le Comte Ferdinand de Bertier (1782-1864) et l'énigme de la congrégation*, París, Les presses continentales, 1948.

63. Ramón ARNABAT, *Visca el rei i la religió! La primera guerra civil de la Catalunya contemporània (1820-1823)*, Lleida, Pagès, 2006; ídem, "La contrarrevolución y la antirrevolución", en Pedro RÚJULA e Ivana FRASQUET (ed.), *El Trienio Liberal (1820-1823). Una mirada política*, Granada, Comares, 2020, pp. 285-307.

64. Josep FONTANA, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española*, 1823-1834, Barcelona, Crítica, 2006, p. 114. Ver *El Restaurador*, 11-10-1823, pp. 851-852.

En conclusión, en los tres contextos analizados, las milicias realistas se crearon en un momento marcado por la guerra civil y el derrumbe institucional. Las milicias llenaron el vacío dejado por el ejército regular, que en Nápoles había quedado desarticulado tras la desbandada militar, en Francia estaba controlado por los bonapartistas y en España resultaba sospechoso de simpatizar con el liberalismo. Pero las élites realistas fueron capaces de organizar la resistencia a nivel local, a través del levantamiento de guerrillas, el reclutamiento de compañías privadas y la organización de milicias en los pueblos. Una vez implementada la restauración, estas fuerzas armadas irregulares fueron institucionalizadas e integradas en la estructura de la monarquía.

## Estructura y organización

En un primer momento, las milicias realistas fueron financiadas y reclutadas por las elites locales. En Nápoles fueron las sociedades secretas (*glubi* y *unioni realiste*) las que armaron y movilizaron las patrullas, distribuidas por barrios. Entre las más celebres encontramos la *unione* de Salvatore Bruno –un mercader de vidrio conocido como *Il Cristallaro*– en el barrio de la Porta di San Gennaro, la del tendero Arcangelo Fanti en el *borgo di San Antonio Abate* o la de Ignazio di Lauro en el *Largo delle Pigne*.[65] Las milicias se plantearon inicialmente como una solución provisional, hasta que se reorganizase el ejército y se formase una Milicia Urbana que permitiese restablecer el orden.

En España, los primeros batallones de voluntarios realistas fueron organizados y financiados por los ayuntamientos, que les dotaron de una estructura provisional. En junio de 1823, la Regencia absolutista sancionó las iniciativas locales y publicó un reglamento para unificar los cuerpos de voluntarios y extenderlos a todo el territorio[66]. De este modo, el impulso de los pueblos fue sancionado legalmente por la Regencia, que emprendió la institucionalización y fomento de la milicia absolutista. Como en Nápoles, los voluntarios realistas se concibieron inicialmente como una solución provisional "hasta la formación del nuevo ejército"[67]. Pero debido a las dificultades de la Hacienda acabaron por convertirse en una de las columnas vertebrales del régimen[68].



En Francia, la organización de los *volontaires royaux* respondió también a la iniciativa local de los comités y sociedades secretas realistas. Pero el modelo seguido fue diferente al español. En España la milicia nacional del Trienio Liberal (1820-1823) fue suprimida y sustituida por los nuevos cuerpos de voluntarios realistas, encargados del

65. GIN, *Santa Fede…*, pp. 158-165; Nello RONGA, *Il 1799 in terra di lavoro. Una ricerca sui comuni dell'area aversana e sui realisti napoletani*, Nápoles, Vivarium, 2000, pp. 134-135; COLLETTA, *Storia…*, p. 385.

66. ARCHIVO DE LA VILLA DE MADRID, Secretaría, 3-435-50; Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, "Absolutismo y clases sociales; los Voluntarios Realistas de Madrid (1823-1833)", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XV (1978), p. 299.

67. Real Orden del 14 de abril de 1824, en ARCHIVO MUNICIPAL DE ZARAGOZA, Fondos Antiguos, caja 735.

68. *Reglamento para los cuerpos de Voluntarios Realistas*, 28-2-1824. Disponible en http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/i18n/consulta/registro.cmd?id=36310; Gonzalo BUTRÓN PRIDA, "Pueblo y élites en la crisis del absolutismo: los Voluntarios Realistas", *Spagna Contemporanea*, 25 (2004), pp. 1-20; Pedro RÚJULA, *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998, pp. 106-111.

mantenimiento del orden y la represión política contra los liberales En Francia, por el contrario, la Guardia Nacional –institución de origen revolucionario– se mantuvo tras la restauración. Tras crear y financiar sus milicias paralelas, el objetivo de los comités realistas consistía en controlar la Guardia Nacional, como habían intentado infructuosamente en 1790.

En Nîmes, los ultrarrealistas consiguieron apropiarse de la Guardia Nacional, integrando en sus filas a las partidas irregulares de voluntarios y *miquelets* que habían combatido a Napoleón[69]. De este modo, hicieron suya una herramienta que tradicionalmente había estado en manos de los revolucionarios, convirtiendo la Guardia Nacional en una fuerza plenamente católica y realista[70]. El protagonista de la operación fue el mismo que en 1790: François Froment reapareció en julio de 1814 para proponer al rey "ocuparse de la organización de un millón de Guardias nacionales" y "organizar, afiliar y dirigir secretamente todas las sociedades realistas del *Midi*"[71]. Pero el *plan* de Froment no culminó hasta la segunda Restauración de julio de 1815. Los *miquelets* ingresaron en la Guardia Nacional, pero preservaron su autonomía y no se sometieron a la disciplina colectiva, formando dos compañías independientes conocidas como *le bataillon des miquelets*[72].

En Toulouse, los ultras intentaron aplicar el mismo modelo, integrando las compañías secretas de *verdets* en la Guardia Nacional. En 1815, las compañías exigieron ser regularizadas para recibir la paga y el uniforme de los fondos públicos, pero sin perder su autonomía ni renunciar a sus jefes[73], Las autoridades de Toulouse –el gobernador de la división militar Pérignon, el comandante Ramel y el nuevo prefecto Rémusat– se negaron a aceptarlos como una unidad independiente y les ofrecieron alistarse individualmente para mezclarse con el resto de miembros de las compañías. Cuando las autoridades constituidas pusieron freno a los designios de los ultras, estos recurrieron a la fuerza de las armas. El 8 de agosto, los *verdets* irrumpieron en una revista de la guardia nacional exigiendo a Pérignon "una paga, armas y el derecho de desfilar como tropas regulares"[74]. El mariscal se opuso y al día siguiente acudieron al general Ramel, que volvió a rechazar sus exigencias. Durante varios días, grupos de realistas armados se reunieron frente al hotel de Ramel amenazando con lincharle. Finalmente, el 15 de agosto, al grito de *Viva el Rey, abajo Ramel*, se lanzaron contra él hiriéndolo gravemente de un disparo[75]. Varias horas más tarde, mientras yacía en la cama, un grupo de *verdets* lo



69. Gwynne LEWIS, *The Second Vendée*. pp. 169-170 ; ídem, "La terreur blanche et l'application de la loi Decazes dans le département du Gard (1815-1817)", *AHRF*, 176 (1964), pp. 174-193, https://doi.org/10.3406/ahrf.1964.3670.

70. Brian FITZPATRICK, *Catholic Royalism in the Department of the Gard 1814-1852*, Nueva York Cambridge University Press, 1983, p. 49, https://doi.org/10.1017/CBO9780511562600.

71. Citado en ibídem p. 34. Ver también LEWIS, *The Second Vendée*, pp. 169-170.

72. LEWIS, *The Second Vendée*, p. 190.

73. Ernest DAUDET, *La Terreur blanche. Épisodes et souvenirs de la réaction dans le Midi en 1815*, París, A. Quantin, 1878, p. 286 ; Robert ALEXANDER, *Re-Writing the French Revolutionary Tradition: Liberal Opposition and the fall of the Bourbon Monarchy*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 45-47, https://doi.org/10.1017/CBO9780511496653.

74. Louis EYDOUX, *L'assassinat du général Ramel à Toulouse en 1815*, Toulouse, Imprimerie Lagarde et Sébille, 1905, pp. 14-15; DAUDET, *La terreur blanche*, p. 289.

75. Louis DE SANTI, "Un chapitre inconnu de l'affaire Ramel", *Revue Historique de Toulouse*, 4 trimestre, (1936), pp. 225-237; ALEXANDER, *Re-Writing...*, p. 47. El proceso judicial en ADHG, U620.

remataron ante la pasividad de las autoridades locales. El asesinato de Ramel envió un mensaje claro a las autoridades, que se mostraron impotentes ante la violencia de los ultras. Las seis compañías de *verdets* fueron finalmente incorporadas en la Guardia Nacional, formando el quinto batallón, que preservó su autonomía, su uniforme y sus jefes[76].

## El *populacho armado*: sociología de las milicias realistas

Otro rasgo común de las tres milicias realistas analizadas residió en su composición eminentemente popular. Los detractores de los cuerpos criticaron la decisión de *armar al populacho*, entendiendo que esta medida resultaba más propia de los regímenes republicanos o constitucionales que de los monárquicos. En Nápoles, aunque las sociedades realistas estaban controladas y financiadas por las elites, reclutaron a sujetos provenientes de todos los medios sociales, desde los nobles a los *maccaronari* (vendedores ambulantes de pasta), pasando por los grupos intermedios, formando "una muestra perfecta de la sociedad napolitana dieciochesca, en la que ninguna clase y ningún oficio estaban excluidos"[77]. Entre sus filas encontramos a sastres, vendedores ambulantes, sombrereros, calceteros, herreros, carpinteros, mozos de cuerda (*facchini*) peluqueros, artesanos del cobre (*ramari*) o cocineros[78]. Además, muchos de los *capi* de las milicias realistas eran de extracción popular, como Luigi Brandi o Giuseppe Paggio, un pequeño comerciante de harina que había sido uno de los líderes del levantamiento contra los franceses y, tras la restauración, pasó a dirigir una compañía de más de 200 hombres en el barrio de Mercato[79]. Los agentes de las sociedades realistas *predicaban* en tiendas y talleres para reclutar nuevos miembros[80]. Las redes familiares, de oficio y de barrio eran las principales plataformas de alistamiento, de modo que muchos de los *capi* realistas eran *notables de barrio* que aprovechaban su inserción en las redes sociabilidad popular para reclutar a sus conocidos[81].



La composición de los *volontaires royaux* del sur de Francia es también un buen reflejo del mundo de los oficios. En Toulouse –donde predominaba una economía artesanal tradicional vinculada al consumo suntuario de la aristocracia– entre los voluntarios encontramos a artesanos (sastres, torneros, zapateros o sombrereros), criados domésticos y peluqueros. En Marsella, por el contrario, predominaban los trabajadores del puerto, los toneleros o porteadores (*portefaix*) y en las ciudades del departamento de Gard (Nîmes, Alès y Uzès) los obreros del textil y los trabajadores rurales[82]. Los

76. ADHG, 1M316, carta de Emmanuel Arthaud al conde de Ricard, comandante de la 10ª división militar, 12 de octubre 1815.

77. GIN, *Santa Fede*, p. 118

78. Trad. de ibídem, pp. 134-135.

79. RONGA, *Il 1799*, p. 141; COLLETTA, *Storia...*, p. 316.

80. RONGA, *Il 1799*, p. 141.

81. GIN, *Santa Fede*, p. 162.

82. Pierre TRIOMPHE, "Au nom de Dieu, du Roi et de tous les miens. Imaginaire, sociabilité et expressions politiques des classes populaires royalistes dans la France méridionale (1800-1851)", *Annales du Midi*, 274 (2011), p. 209, https://doi.org/10.3406/anami.2011.7361; David HIGGS, *Ultraroyalism in Toulouse. From its origins to the revolution of 1830*, Maryland, John Hopkins, 1973; Ronald AMINZADE, *Class, Politics, and Early Industrial Capitalism: A Study of Mid-Nineteenth-Century Toulouse, France*, Albany, State University of New York Press, 1981.

*volontaires royaux* eran descritos por los contemporáneos como "la última clase", "la hez del pueblo" y la "canalla", asegurando que "no tenían ni camisa y sus pantalones eran harapos", porque el único uniforme que recibían era una flor de lis de trapo[83]. Estas descripciones responden al pánico social de las élites frente a la presencia de "campesinos armados" y traslucen un intento de deslegitimar a los realistas. Pero lo cierto es que, en palabras de Pierre Triomphe, la mayoría de los voluntarios procedían de un proletariado urbano y rural duramente golpeado por la crisis.[84] Las armas permitían a estos sectores protestar contra la degradación de su situación económica, dotar de legitimidad a sus demandas sociales y presionar para desempeñar un papel relevante en el seno de la comunidad local.

*Imagen 5:* Voluntarios realistas de Madrid

Fuente: Museo Municipal

En España, los voluntarios realistas se reclutaron principalmente entre los jornaleros, artesanos proletarizados y labradores. Los ayuntamientos trataron de formar milicias de propietarios, pero el escaso entusiasmo mostrado por los sectores *respetables* y la necesidad de excluir a quienes habían pertenecido a la Milicia Nacional, abrieron la puerta a los grupos inferiores. Además, para unirse a los voluntarios no hacía falta tener un mínimo de ingresos ni ser capaz de costearse el uniforme, ya que éste se proporcionaba de forma gratuita. El resultado fue que, tomando el ejemplo de Madrid, el 21,3% de los voluntarios eran trabajadores asalariados y el 34% artesanos, mientras que los

83. TRIOMPHE, *1815: La Terreur blanche*, p. 71; Henry HOUSSAYE, *1815*, t. I, París, Perrin, 1893, p. 412

84. TRIOMPHE, "S'insurger ou convaincre", p. 23.

propietarios sólo alcanzaron un 2,2% y los profesionales liberales un 3,6%[85], En Zaragoza (1824), más del 50% eran asalariados (la mayoría trabajadores agrícolas) y un 19,5% artesanos[86]. En Lleida, un 47,2% eran labradores (especialmente pequeños y medianos propietarios) y un 19,2% artesanos[87]. En definitiva, los voluntarios realistas presentan una composición social inversa a la de la Milicia Nacional, que había estado dominada por los empleados, comerciantes, profesionales liberales y sectores superiores del artesanado[88].

Esta composición social explica el temor que despertaron los voluntarios entre los propietarios, comerciantes y clases medias, que veían con temor como "la hez de los barrios bajos" gozaba de legitimidad para empuñar las armas. Las voluntarios eran considerados despectivamente como una "gentualla de zapateros, traperos, poceros y chisperos" o "una porción de aguadores, mozos de esquina y otros de esta especie"[89]. En los espacios de sociabilidad de las clases medias –cafés, tertulias o teatros– los sujetos decentes clamaban contra "los hombres de la hez de la tierra que poseen ahora las armas"[90]. Advertían que los voluntarios realistas eran "incompatibles con el sistema monárquico absoluto, porque tener armado y regimentado el pueblo es una atribución republicana o constitucional", de modo que "este mismo pueblo se opondrá cuando quiera a las disposiciones del monarca, aunque absoluto"[91].

El superintendente de policía Juan José de Recacho trató de convencer a Fernando VII del peligro que suponían los voluntarios. El partido ultrarrealista había dado "el poder a la multitud, armándola y dándola influencia" poniendo en peligro "la seguridad de la Corona y el Estado"[92], Al "distribuir las armas en el pueblo", se había organizado "una fuerza armada democrática en su esencia", compuesta por una "enorme masa informe de gente armada"[93]. Al levantar estas "Legiones Populares", la Regencia había cometido una temeridad: "organizar y fomentar elementos democráticos para destruir la misma democracia"[94]. Recacho, que tenía asiento en el Consejo de Ministros y gozaba de la plena confianza del rey, trató de convencerle de que se acercase a los liberales moderados



85. PÉREZ GARZÓN, "Absolutismo y clases sociales", pp. 295-310; Álvaro PARÍS MARTÍN, "Los voluntarios realistas de Madrid: politización popular y violencia contrarrevolucionaria (1823-1833)", en RÚJULA y RAMÓN, *El desafío de la revolución*, pp. 89-106.

86. RÚJULA, *Contrarrevolución…*, p. 109.

87. Antonio SÁNCHEZ CARCELÉN, "En defensa del trono y del altar. La organización de los cuerpos de voluntarios realistas en Lérida", *Pasado y memoria*, 14 (2015), pp. 111-149, https://doi.org/10.14198/PASADO2015.14.05.

88. PARÍS, "La Milicia Nacional", pp. 213-237; Antonio SÁNCHEZ CARCELÉN, "La política a través de las armas. Milicianos Nacionales y Voluntarios Realistas en la Lérida de Fernando VII", *Claves. Revista de Historia*, 11 (2020).

89. AHN, Consejos, leg. 12.312, parte de 26-6-1825, celador 2, y AHN, Consejos, leg. 12.292, parte del 15-7-1825, correspondencia de confidente.

90. AHN, Consejos, leg. 12.293, parte de 9-8-1825, correspondencia de confidente.

91. AHN, Consejos, leg. 12.312, parte de 18-6-1825.

92. ARCHIVO GENERAL DE PALACIO (AGP), Papeles reservados de Fernando VII, T. 71, exp. 36, 15-8-1825.

93. AGP, Papeles reservados de Fernando VII, T 71, exp. 38, 22-2-1826.

94. Ibídem.

para desarmar a los voluntarios y neutralizar a los ultras[95]. Los "constitucionales pacíficos" – que según el superintendente conformaban la mitad de la nación– constituían un riesgo menor para la monarquía que las clases populares armadas y dirigidas por los ultras.

## Anarquía popular y Terror blanco

El recurso al armamento popular permitió a Fernando IV de Nápoles, Luis XVIII de Francia y Fernando VII de España consolidar la restauración, pero las milicias se convirtieron en un problema para el orden público. Tras abrir la caja de Pandora de la movilización popular, retomar el control de la situación no iba a resultar tarea fácil. Los sectores populares realistas fueron investidos de un protagonismo y una influencia social sin precedentes, al verse armados y uniformados en defensa de la monarquía. Aprovecharon esta situación para desplegar una violencia de castigo contra republicanos, bonapartistas y liberales. Pero en la definición del enemigo no solo entraron en juego aspectos políticos, sino también sociales. Los comerciantes, los propietarios, las clases medias y los sujetos elegantemente vestidos fueron señalados como simpatizantes de los revolucionarios. La ira se dirigió especialmente contra aquellos que se habían enriquecido gracias a la revolución, siguiendo canales percibidos como ilegítimos, como la compra de bienes nacionales, las contratas públicas y el comercio. La persecución política se tiñó de elementos sociales, cuando las correrías de los milicianos se convirtieron en ataques contra los comercios y las tiendas elegantes, contribuciones forzosas exigidas a los ricos o agresiones contra quienes portaban ciertas prendas de vestir, como las levitas o los sombreros a la moda francesa.



En Nápoles, la *anarquía popular* realista se dirigió contra la burguesía urbana de propietarios, negociantes y *galantuomini*, identificados como *giacobini*[96]. El director de la policía, Antonio de la Rossa, se encontró con "una ciudad toda armada [y] con un pueblo lleno de furor"[97]. Las milicias realistas "dedicadas a la rapiña y al saqueo" ejecutaban "de manera arbitraria los arrestos de los reos"[98]. La policía se veía incapaz de mantener el orden porque "la fuerza armada se encontraba en manos del pueblo", que "se volvía cada vez más insolente" y preparaba "una tercera anarquía"[99]. Los sectores populares realistas cargaron contra el propio gobierno, diciendo que "el cardenal Ruffo y los ministros son todos jacobinos y que la justicia la querían hacer ellos"[100]. Acusaban al gobierno y la policía de ser demasiado blandos con los *giacobini* "mientras mandaba a las islas a reos de delitos comunes"[101]. Las patrullas policiales eran apedreadas por grupos de jóvenes y mujeres que liberaban a los detenidos al grito de "viva el rey y muera la

95. AGP, Papeles reservados de Fernando VII, T 71, exp. 39, 28-11-1826.

96. Luca DI MAURO, "Les populations fidèles et valeureuses. Restauration de la monarchie et politisation populaire après la fin de la République napolitaine", *AHRF*, 402 (2020), pp. 83-107; Giuseppe DE LORENZO, *Nel furore della reazione del 1799*, Nápoles, Colonnese editore, 1998.

97. Trad. de ARCHIVIO DI STATO DI NAPOLI (en adelante ASN), Esteri, 3.595, carta de Antonio Della Rossa a Emanuele Parísi (Secretario de Gracia y Justicia), 29-9-1799.

98. *Ibid.* y ASN, Esteri, 3.577, Antonio Della Rossa, 5-2-1800.

99. DRUSCO, *Anarchia popolare*, p. 23.

100. Carlo DE NICOLA, *Diario Napoletano*, Nápoles, Società napoletana di storia patria, 1906, p. 295.

101. ASN, Esteri, 3.595, Antonio della Rossa a Aston, 31-7-1800.

*sbirraglia* [policía]”[102]. Las milicias realistas se enfrentaban abiertamente a la policía, declarando “que portaban las armas para matar a los esbirros de policía, sus enemigos”[103]. Los sectores populares expresaron su rabia contra los *galantuomini*, las autoridades y la policía a través de un discurso exaltado que legitimaba las extorsiones y la violencia de las bandas armadas[104]. La restauración se consideraba incompleta debido a la traición del Gobierno, por lo que debía culminarse por la vía de los hechos, ejerciendo la justicia popular punitiva en las calles.

*Imagen 6:* Retrato de *Trestaillons*

F.: Biblioteca Nacional de Francia

En Francia, los *volontaires royaux* desataron la violencia contra los revolucionarios, bonapartistas y protestantes, dando lugar al conocido como Terror blanco, que dejó cientos de víctimas[105]. Los *miquelets* comandados por el célebre *Trestaillons* sembraron el terror en los alrededores de Nîmes, dando lugar a la leyenda de que su nombre respondía a su costumbre de cortar en tres pedazos (*trois taillons*) a sus enemigos. Como subraya Pierre Triomphe, “tras la hostilidad contra los notables patriotas (especialmente contra los mercaderes fabricantes protestantes de Nîmes) observamos un

102. ASN, Esteri, 3.595, 22 febrero 1800. Ver también Luca DI MAURO, “Le secret et polichinelle. Cultures et pratiques de la clandestinité politique à Naples au début du XIX siècle (1799-1821)”, tesis doctoral, Université París 1 Panthéon-Sorbonne, 2015, p. 175.

103. ASN, Esteri, 3.595, 18 octubre 1799.

104. DI MAURO, *Le secret*…p. 520.

105. TRIOMPHE, *1815: La Terreur blanche*; DAUDET, *La Terreur blanche*; Daniel Philip RESNICK, *The white terror and the political reaction after Waterloo*, Cambridge, Harvard University Press,1966.

odio de clase y el rechazo a una modernidad económica percibida como amenazadora"[106]. El realismo sirvió para vehicular el desencanto social de los trabajadores, proyectando las expectativas de afirmación y ascenso social frente al deterioro de sus condiciones materiales. De este modo, podemos concluir que "las clases populares persiguieron sus propios fines a lo largo de la crisis" y, aunque no actuaron de manera autónoma con respecto a las élites, dispusieron de un margen de maniobra para defender sus intereses[107].

En España, los voluntarios realistas no sólo persiguieron a los constitucionales, sino también a los comerciantes, propietarios, profesionales liberales, negociantes y *gentes de levita* identificándolos como *negros* (nombre despectivo que se daba a los liberales). La etiqueta de *negro* era suficiente para legitimar el despliegue de una justicia punitiva que permitía a las clases populares vengarse de sus enemigos sociales[108]. Durante las subidas del precio del pan, los voluntarios decían que la culpa era de los *negros* porque "la mayoría de ellos es rica", mientras amenazaban con acudir a todas las tahonas de Madrid, apalear a sus amos y quemar el trigo malo por las calles[109]. Los voluntarios y el "populacho" desataron el 16 de junio de 1825 una "correría contra el comercio de la capital", asesinando e hiriendo a decenas de personas en los cafés, tiendas y almacenes del centro de Madrid[110]. El pánico se extendió entre las clases medias que aseguraban que los frailes exhortaban "con crucifijos al populacho", mientras "las rabaneras y gente baja" planeaban una nueva asonada contra las tiendas porque "generalmente al comercio lo denominan *negro*"[111]. La animadversión tradicional contra los comerciantes y especuladores se había teñido de un nuevo contenido político, en un contexto marcado por el antagonismo entre liberales y realistas que atravesaba todos los niveles de la sociedad.



## Recuperar el control de la calle: negociación e integración de las milicias realistas

Tras el periodo de excepcionalidad, el Estado debía retomar el control de la calle, poner fin a las venganzas privadas, canalizar la violencia e institucionalizar la represión. Para salir de la situación de Terror blanco, tuvo que negociar con las bandas armadas para restablecer la justicia ordinaria y recuperar el monopolio estatal de la violencia legítima.

En Nápoles, las patrullas realizas fueron progresivamente institucionalizadas, hasta integrarse en las nuevas fuerzas del orden restaurado. El director de la policía Antonio della Rossa fue investido de una misión restauradora y pacificadora para disolver las sociedades realistas y acabar con la *anarquía popular*. Pero pronto se dio cuenta de

106. Trad. de Pierre TRIOMPHE, "Les sorties de la 'Terreur blanche' dans le Midi", *Revue d'histoire du XIXe siècle*, 49 (2014), p. 56, https://doi.org/10.4000/rh19.4745.

107. Ibídem, p. 57.

108. Álvaro PARÍS MARTÍN, "Porque le olía a negro: vestimenta, costumbres y politización popular en Madrid (1750-1840)", en José María IMÍZCOZ, Máximo GARCÍA y Javier ESTEBAN (eds.), *Procesos de civilización: culturas de élites, culturas populares. Una historia de contrastes y tensiones (siglos XVI-XIX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2019, pp. 99-132.

109. AHN, Consejos, leg. 12.335, parte de 12-12-1825, 42; AHN, Consejos, leg. 12.335, parte de 10-12-1825, celador 8.

110. AHN, Consejos, leg. 12.312, parte de 20-6-1825, celador 2.

111. AHN, Consejos, leg. 12.312, parte de 18-6-1825, el de la cruz, y AHN, Consejos, leg. 12.292, parte del 8-7-1825, celador 4.

que no podía desarmarlas de manera brusca, porque produciría "desconcierto entre un pueblo lleno de resentimiento y digno de ser aún tratado con cautela"[112]. Por ello actuó con prudencia y tacto, evitando generar entre el pueblo "un impacto súbito y violento"[113]. En primer lugar, sancionó las labores de vigilancia que ejercían las patrullas realistas:

> Los manejos practicados para disolver las sociedades realistas han producido buenos efectos. Se ha creído razonable permitir sus patrullas en unión de los militares, para no levantar ninguna sospecha hasta la llegada de más tropas y la formación de la milicia urbana[114].

El segundo paso consistió en negociar con las patrullas para hacerlas copartícipes del orden urbano. Della Rossa consiguió que sus comandantes (*capi realisti*) le remitiesen partes diarios, integrándoles de ese modo, aunque de manera indirecta, en la estructura de la policía:

> Con dulces maneras he hecho entender a muchísimos cabecillas [*capi*] de estas sociedades realistas, que la fuerza armada debe reconocer a la autoridad constituida y los he incitado a ser casi como miembros de la policía, induciéndoles a que me eleven informes de lo que sucede diariamente[115].

En efecto, los comandantes de las patrullas comenzaron a elevar sus partes al director de la policía, aunque manteniendo su autonomía. El tercer y definitivo paso consistió en integrar a las patrullas realistas en la nueva *Milizia Urbana.* A partir de septiembre de 1800, observamos como los principales *capi* realistas –Salvatore Bruno, Luigi Brandi o Michelangelo Sala– siguieron rondando las calles, pero en calidad de comandantes de la *Milizia*[116]. La milicia urbana, que originalmente debía convertirse en una alternativa a las patrullas realistas y un apoyo para desarmarlas, acabó por transformarse en una institucionalización de éstas. La operación consiguió integrar a las milicias en la nueva estructura del Estado, a cambio de concederles un rol protagonista en la gestión del orden urbano.



Algo similar sucedió en Francia, donde las bandas realistas se integraron en la Guardia Nacional, pero preservando su autonomía. En Toulouse, tras el asesinato de Ramel, los *verdets* se habían incorporado como un quinto batallón autónomo. A partir del otoño de 1815, el Gobierno central trató de retomar el control de la Guardia Nacional en los departamentos del sur, neutralizando la influencia de los ultrarrealistas locales. La maniobra fue dirigida por el nuevo ministro de la policía Decazes. En Toulouse, el prefecto Rémusat recibió de Decazes unas órdenes similares a las de Antonio della Rossa en Nápoles: destruir todas las asociaciones secretas realistas y disolver el quinto batallón, en el que se integraban los *verdets*[117]. Pero Rémusat se encontraba sometido a la doble

112. Trad. de Giorgia ALESSI, *Giustizia e polizia. Il controllo di una capitale, Napoli 1779-1803*, Nápoles, Jovene, 1992, p. 137

113. Ibídem, p. 137. Ver también Brigitte MARIN, "Migliorare l'ordine pubblico. Idee e pratiche di polizia nei memoriali di inizio Ottocento (Napoli, 1800-1803), en Stefano LEVATI y Simona MORI (eds.), *Una storia di rigore e di passione. Saggi per Livio Antonielli*, Milán, Franco Angeli, 2018, pp. 432-454

114. Trad. de ASN, Esteri, 3595, Antonio della Rossa a Emanuele Parísi, 29-9-1799. Otras muestras de este discurso en ASN, Polizia Generale, 131, exp. 10, 8-10-1799 y ASN, Esteri, 3.595, 11-10-1799.

115. Trad. de ALESSI, *Giustizia*, p. 137.

116. ASN, Esteri, 3.595, 2-12-1800 y 11-12-1800.

117. ADHG, 1M317, Decazes a Rémusat, 11-12-1815. Charles DE REMUSAT, *Correspondance de M. de Rémusat pendant les premières années de la restauration*, París, Calmann Lévy, 1883, p. 157; Charles DE REMUSAT, *Mémoires de ma vie*, ed. de París, Plon, 1958, t. I, p. 226.

presión de los ultras y del gobierno central y tuvo que maniobrar de forma cuidadosa y *bajo mano* para no soliviantar a los ultras. Finalmente, tomó una decisión intermedia, ordenando la integración de los *verdets* en los cuatro batallones regulares de la Guardia nacional "a razón de dos compañías en cada uno de los dos primeros y una compañía en cada uno de los dos últimos"[118]. Además, intentó acabar con su autonomía, especificando que los oficiales y los soldados debían someterse a las órdenes de los jefes de cada batallón y debían portar el uniforme azul de la Guardia Nacional. Los *verdets* tenían que renunciar a sus uniformes, símbolo de su independencia, para adoptar el azul que había caracterizado a las milicias patriotas durante el periodo revolucionario (*bleus*)[119]. La cuestión de los colores no era anecdótica. Madame de Rémusat relataba en su correspondencia los esfuerzos de su marido para conseguir "que nuestros verdes se vistan de azul", porque la diferencia de colores "calienta a los unos contra los otros y excita las peleas en la ciudad"[120]. Una parte de la Guardia Nacional estaba "en revuelta abierta, vistiéndose de forma diferente a la otra, pagada por la nobleza y obedeciendo a un jefe medio oculto"[121]. La mujer del prefecto apuntaba a las causas sociales del alistamiento –el desempleo y la carestía– aprovechadas por las sociedades secretas para reclutar a los miserables, armarlos y vestirlos de verde[122].

Finalmente, los *verdets* aceptaron disolverse en el seno de la Guardia Nacional, pero exigiendo que se les reconociese un estatus especial, concediéndoles el título de *Eclaireurs Royaux de la Garde Urbaine* como símbolo de su "compromiso primitivo"[123]. El ministro del Interior Vaublanc amonestó a Rémusat, preguntándole cómo era posible que unas compañías que habían sido disueltas elevasen una súplica en tono de exigencia[124]. El ministro criticó la decisión de Rémusat de incorporar a los *verdets*, señalando su "condescendencia" ante a la "sedición"[125]. Pero Vaublanc no estaba sometido a las presiones locales que sufría Rémusat. Para recuperar el control de las fuerzas sociales liberadas por la Restauración, fue necesario un largo proceso de negociación y compromiso entre el Estado, las autoridades locales, las elites realistas y las clases populares armadas. Rémusat no tuvo más remedio que contemporizar con los ultras y desplegar un doble juego, para evitar correr la suerte del general Rámel, ejecutado en su propia cama por oponerse a los *verdets*.



En Nîmes, el prefecto Jouques se encontró en una situación similar. Aprovechó un incidente violento en el que se vio implicado un sargento procedente de las compañías de *miquelets* para expulsar de la Guardia Nacional a los elementos "incontrolados"[126]. Además, se impidió el alistamiento de trabajadores pobres, estableciendo un mínimo de 20 francos anuales de contribución como requisito para enrolarse. Pero la orden no se cumplió y las élites protestantes se quejaban de que "los barrenderos, porteadores

118. Trad. de ADHG, 4R9, orden del prefecto Rémusat, 30-11-1815.

119. Roger DUPUY, *Les Chouans*, París, Hachette, 1997.

120. REMUSAT, *Correspondance*, pp. 157-158.

121. Ibídem, pp. 240-241.

122. Ibídem.

123. ADHG, 1M317, enero 1816.

124. ADHG, 1M317, 5-3-1816. La petición estaba elevada en nombre de "*les officiers des Compagnies des Royaux secrets*".

125. ADHG, 1M316, 13-12-1815.

126. FITZPATRICK, *Catholic royalism*, p. 43.

[*crocheteurs*] y sirvientes" no habían sido expulsados aunque no pagasen contribución, mientras "los propietarios ricos y negociantes son desarmados y excluidos de la Guardia Nacional[127]. En efecto, los propietarios protestantes fueron excluidos y obligados a pagar una contribución, que servía para financiar el uniforme y la paga de los trabajadores católicos pobres. De esta forma, el dinero de los protestantes ricos servía para pagar "los servicios de los proletarios", a través de una redistribución de la riqueza que articulaba las clientelas realistas[128]. El mismo fenómeno se había producido en Nápoles, donde las contribuciones exigidas a las élites republicanas se utilizaron para financiar a la plebe realista[129].

*Imagen 7:* El linchamiento de mariscal Brune durante el Terror blanco en Avignon (1815)

F.: *Brune traîné dans le Rhône* (H. Martin, 1867), The British Library.

En España, los sectores moderados del absolutismo trataron de poner fin a los desórdenes protagonizadas por los voluntarios expulsando a los jornaleros y trabajadores pobres. Para ello impulsaron un nuevo reglamento, publicado en febrero de 1824 por el ministro de la guerra José de la Cruz, que excluía a los "jornaleros, y todos los que no puedan mantenerse a sí mismos"[130]. Además, sometía a los voluntarios a las autoridades militares para poner freno a su insubordinación y recortar su autonomía. El nuevo reglamento, sin embargo, nunca llego a aplicarse debido a la oposición que ejercieron los voluntarios a nivel local, de modo que "el poder real tuvo que retroceder ante la resistencia de sus turbulentos defensores"[131]. En Madrid, los voluntarios afirmaban que "preferirán morir con las armas en la mano, que consentir ninguna innovación" y aseguraban que si el Gobierno intentaba alguna reforma "no habían de dejar a ningún

127. Ibídem, p. 47.

128. TRIOMPHE, "Les sorties de la Terreur blanche", p. 61.

129. DI MAURO, "Les populations…", pp. 97-98.

130. PÉREZ GARZÓN, "Absolutismo y clases sociales", p. 305.

131. Palabras de Bois-le-Comte citadas en FONTANA, *De en medio...*, p. 159.

gobernante vivo”[132]. En Zaragoza, se amotinaron contra una orden del capitán general de les prohibía llevar armas fuera de los actos de servicio, medida que interpretaron como un “despojo o desarme”[133].

Con la llegada al ministerio de la guerra del general Aymerich, en agosto de 1824, los ultras retomaron el control de los cuerpos, publicando una Real Orden para “fomentarlos” y “aumentarlos”, eliminando las restricciones sociales que habían tratado de introducir los moderados[134]. El resultado fue la progresiva proletarización y extensión de los cuerpos, que en 1826 fueron puestos bajo la supervisión de una Inspección General[135]. Un nuevo reglamento redactado a la medida de los ultras acabó con las resistencias de los ayuntamientos y los capitanes generales, haciendo depender a los voluntarios directamente del monarca por mediación del inspector general, estableciendo así una estructura jerárquica y autónoma. Además, se estimuló el reclutamiento de jornaleros, otorgándoles preferencia para ser contratados en las obras públicas[136]. De este modo, en una forma indirecta de redistribución, los ayuntamientos debían dedicar una parte de sus fondos a recompensar la lealtad de los jornaleros enrolados en los voluntarios.

## Conclusión

Al recurrir a la movilización armada de los sectores populares, las monarquías del sur de Europa lograron consolidarse en el poder, dotándose de una energía renovada y demostrando su capacidad de adaptarse a las prácticas de los revolucionarios. Pero al abrir la caja de Pandora del armamento popular, desataron fuerzas sociales inesperadas, en un contexto marcado por la crisis económica, el desempleo y la proletarización del artesanado.



Los episodios de violencia realista y Terror blanco han sido tradicionalmente analizados como un resultado de la manipulación de las clases populares por parte de las elites realistas, que habría sabido canalizar el *malestar antiburgués* y el odio primitivo contra los ricos[137]. Lo cierto, sin embargo, es que los sectores populares realistas aprovecharon el escenario para disfrutar de una influencia sin precedentes en plano local, expresar sus demandas tradicionales en un nuevo marco político y defender sus propios intereses[138]. Tras la hostilidad contra los comerciantes madrileños, los *galantuomini* napolitanos o los fabricantes textiles de Nîmes, encontramos una relectura de los antagonismos sociales tradicionales a través de nuevos discursos y prácticas políticas ligadas a la ruptura revolucionaria. Los sectores populares fueron capaces de apropiarse

132. AHN, Consejos, leg. 12.312, parte de 27-6-1825, celador 2; AHN, Consejos, leg. 12.292, parte de julio de 1825, Manuel Cerezo.

133. Faustino CASAMAYOR, *Años políticos e históricos de las cosas más particulares ocurridas en la imperial, augusta y siempre heroica ciudad de Zaragoza*, t. XXXXI, año de 1824, Ms. 137. “Ocurrencias del domingo 1 de agosto de 1824”.

134. Real Orden del 6 de septiembre de 1824, en *Decretos del rey nuestro señor don Fernando VII*, Madrid, Imprenta Real, 1825, vol. 9, pp. 176-178.

135. *Reglamento para los cuerpos de Voluntarios Realistas del Reino*, Madrid, Imp. de D. José Collado, 1826.

136. Ibídem, p. 8, art. 10.

137. PÉREZ GARZÓN, “Absolutismo y clases sociales…”, p. 309.

138. TRIOMPHE, “Les sorties” p. 57 ; ídem, *1815: La Terreur blanche*, p. 174.

del lenguaje del realismo para plantear sus demandas, interpretando la situación a través de sus experiencias cotidianas.

Los milicianos realistas utilizaron las armas para perseguir a sus enemigos políticos, castigar a los tahoneros por subir el precio del pan, desahogar su odio contra los especuladores, humillar a los *sujetos de levita* o solventar sus rencillas personales. Una vez que conquistaron esa posición de poder en el espacio urbano –enfrentándose a la policía y a las autoridades locales– los Estados restaurados se vieron obligados a negociar su incorporación a las fuerzas del orden, garantizándoles un medio de subsistencia y un cierto grado de impunidad para ejercer la violencia. La integración de las milicias realistas en las nuevas fuerzas del orden del Estado responde a un mecanismo de pacificación y redistribución de recursos. Para canalizar la violencia descontrolada y los pillajes de los episodios de Terror blanco, se ofreció a estos grupos una vía alternativa, recompensando sus servicios y encauzando sus demandas materiales.

Los sectores populares realistas no buscaban transformar los fundamentos del orden social ni implementar un proyecto de futuro de carácter rupturista. Pero su posicionamiento contrarrevolucionario no suponía una defensa cerrada del *statu quo* del Antiguo Régimen. El despliegue de la justicia punitiva tenía como objetivo castigar a quienes habían violado los consensos comunitarios para enriquecerse y ascender socialmente, transgrediendo la *economía moral* e introduciendo nuevas relaciones sociales y económicas percibidas como ilegítimas. La restauración del orden alterado pasaba por extirpar a los revolucionarios del cuerpo social, pero el mundo natural al que pretendían regresar nunca había existido, por lo que sus contornos podían delinearse en función de la cultura, las experiencias y los intereses de los propios actores. El papel que habían desempeñado en la lucha contra la revolución les había otorgado un protagonismo social inédito al que no estaban dispuestos a renunciar. A través de las armas y del estatus derivado del uniforme, sectores excluidos económicamente fueron capaces de adquirir una posición de fuerza en la esfera política, presentándose como leales defensores del rey que merecían ver recompensados sus servicios. En definitiva, aprovecharon el escenario de inestabilidad institucional y guerra civil para defender sus propios intereses, negociando con el Estado y las élites su participación en los conflictos armados a cambio de contrapartidas concretas.